

tica la caridad con el pobre y la hospitalidad con el extranjero... Un hombre tal, á pesar de su exterior tosco, es mil veces más civilizado que el rico habitante de las ciudades que, bajo formas halagüeñas y distinguidas, oculta un corazón corrompido y un refinado egoísmo. El conocimiento y la práctica de la verdadera religión es lo que forma la civilización verdadera.

Redoblad, pues, vuestra vigilancia, padres de familia, maestros de la juventud, depositarios de la autoridad; redoblad vuestra influencia y vuestro celo para propagar en todas las clases del Estado el conocimiento, el amor y la práctica de la verdadera religión. Evitad á la sociedad con vuestros esfuerzos en prevenirlos, el escándalo, el oprobio y todos los males que causaron la ruina de la antigua capital del pueblo de Dios. Salvada, en una palabra, de la desgracia de tener por magistrados y por administradores á esos hombres crueles cuyo corazón está siempre abierto á la injusticia y siempre cerrado á la compasión, y cuya frente jamás se ruboriza.

## LA BOFETADA

*Recogitate cum qui talem sustinuit á peccatoribus aduersus semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini, animis vestris deficientes.*

Pensad en aquel que sufrió una gran contradicción por parte de los pecadores, para que no os desaniméis ni caigáis en el abatimiento.

(HEBR. 12, v. 3.)

Todos los perseguidores de la verdad han sido siempre tan artificiosos é hipócritas como injustos y crueles. Ved á Acab. Ese monarca impio aborrece de muerte al inocente y animoso Miqueas, porque este profeta le echa en cara sus vicios y le amenaza con los castigos de Dios. Sin embargo, él hace comparecer un día ante su inicuo tri-

bunal, compuesto de cuatrocientos profetas falsos, animados todos por el espíritu del demonio, al piadoso Miqueas, único profeta inspirado por Dios. Él le ruega y le conjura que le descubra claramente la voluntad del cielo, mientras que en el fondo de su corazón sólo le pregunta con el fin de encontrar en sus respuestas una ocasión ó un pretexto para hacerle morir. En efecto, apenas el profeta habla, cuando su discurso lleno de modestia y de sinceridad, es mirado como un audaz insulto; uno de los satélites del rey, seguro de que agrada en ello á esta majestad indigna, imprime en el rostro del profeta una insolente bofetada, y el rey y su consejo acaban por condenar á Miqueas á la pena de muerte.

La palabra Miqueas significa: «Que es igual á Dios, ó Hijo de Dios.» ¿Y cómo no reconocer, dicen los Padres y los intérpretes, en este hecho acaecido en el tribunal de Acab, la historia anticipada, la profecía clara y terminante de lo que sucedió al verdadero Miqueas, al Hijo de Dios, igual á su Padre, cuando se presentó ante el tribunal de Caifás? Este Pontífice indigno, lo mismo que su tribunal compuesto de infames, profesaba un odio profundo á Jesús, porque este divino Salvador no cesaba de censurar su vida escandalosa y de anunciar los castigos próximos á estallar sobre él. Sin embargo, por una artificiosa malicia, le excita á hablar no para que se justifique, sino á fin de que sus palabras suministren un motivo de acusación contra él. Mas apenas abre la boca, cuando una bofetada sacrilega marchita su rostro sagrado, y jueces y pontífice se apresuran á condenarle.

¡Oh ultraje sangriento hecho á la majestad de Dios ante el tribunal de los hombres! El nos recuerda, dice San Pablo, que sólo por nosotros sufre Jesucristo una contradicción tan grande y una afrenta tan cruelmente ignominiosa. El nos enseña que no debemos entregarnos al resentimiento ni al rencor cuando recibimos una injuria por parte de los hombres, sino que por el contrario debemos sufrirla con paciencia, en vista de lo que el Hijo de Dios, tan santo y tan inocente, sufrió por nosotros.

Animados de estos sentimientos, debemos meditar hoy todas las circunstancias de la injuriosa bofetada, de la afrenta cruel que recibió nuestro Salvador, y examinar el misterio que en ella se encierra, las instrucciones que nos da y las gracias que puede alcanzarnos. Pero antes pidamos la gracia. *Ave María.*

A pesar de todos los medios de seducción, hermanos míos, á pesar de la autoridad suprema de que estaban investidos los magistrados y

los pontífices erigidos en jueces del Mesías, con todos sus esfuerzos y á pesar de haber mendigado y escuchado un gran número de falsas suposiciones, no habían podido encontrar un solo testimonio que pudiese hacerle alguna reconvencción digna de aprecio. Aquellos jueces inícuos habían puesto al preso en el caso de justificarse de las imputaciones presentadas contra él, con la intención bárbara de sacar de sus respuestas un motivo de acusación que en vano habían esperado encontrar en las deposiciones de los testigos; pero el Señor había confundido sus culpables designios guardando un profundo silencio. ¿Qué hace entonces el astuto Caifás? Principia á interrogar á Jesús sobre los discípulos de que se había rodeado y sobre la naturaleza y el objeto de su doctrina. El infame pontífice se lisonjaba de poder descubrir por este medio alguna cosa censurable en su doctrina, supuesto que no había podido encontrarla en su persona, y esperaba hacerle pasar por un ciudadano sedicioso, jefe de sociedades secretas, ó innovador peligroso en materia de religión.

Si Jesucristo, nuestro Redentor, no hubiera sido al mismo tiempo nuestro Maestro, hubiera eludido también esta capciosa pregunta de Caifás, guardando el mismo silencio y manifestando el mismo desprecio. Pero importaba á toda la Iglesia, que había venido á fundar, saber que él no era autor de una doctrina oculta, que busca las tinieblas y aborrece la luz; y en este supuesto, pensando más bien en instruir á los futuros cristianos que en satisfacer la insidiosa curiosidad de los judíos presentes, responde con una voz grave y majestuosa: «Yo he hablado siempre públicamente á todo el mundo; yo he enseñado en la sinagoga y en el templo, y las doctrinas que he explicado privadamente, no son diferentes de las que he anunciado en público. Por consiguiente, en vez de preguntarme á mí, preguntad más bien á algunos de los que me han oído; ellos saben perfectamente y pueden decir lo que les he enseñado. ¡Oh respuesta admirable! El que con un tono tan imponente asegura haber hablado públicamente al mundo, se anuncia evidentemente y se revela como el verdadero Maestro y el verdadero legislador del mundo.

Por otra parte, no puede imaginarse una respuesta más dulce, más sensata ni más justa que ésta tomada en su sentido literal. El Salvador hizo alusión principalmente á los emisarios que los mismos sacerdotes habían enviado un día con la comisión de prenderle, mientras que enseñaba en el templo, y que se habían hecho sus admiradores y sus discípulos después de haberle oído. El dice que nada era más fácil que saber de boca de ellos lo que él había enseñado, y que el camino más sencillo y más legítimo en un juicio semejante,

era el de dirigirse á ellos más bien que á él. Porque ¿se ha oído decir jamás que cuando se trata de doctrinas peligrosas ó sospechosas se comience por interrogar á los que las han propagado, sin preguntar antes á los que las han oído?

Mas ¡ah, hermanos míos! á pesar de una respuesta tan digna, ved cómo un lacayo del soberano pontífice, aquel mismo Malco, cuya oreja había curado Jesús milagrosamente en el Huerto, se adelanta en medio de la sala donde Jesús estaba en pie, y tan cruel verdugo, como vil y bajo adulator, levanta su mano sacrilega, y con la intención de agradar al pontífice, hiere violentamente el sagrado rostro de Jesús. En vez de mirar esta brutal acción como una ofensa hecha á la dignidad del tribunal, todo el Sanhedrin la aplaude; de modo que, animado el insolente criado por estas señales de aprobación, añadiendo el insulto á la brutalidad, dice al Salvador: «Temerario, ¿es así cómo te atreves á responder al pontífice supremo?

¡Oh indignidad! ¡Oh afrenta! ¿Puede imaginarse un ultraje más sangriento ni un insulto más atroz? El rey de la gloria es maltratado por el más vil de los esclavos; el hijo de Dios es vilipendiado por un hombre, desecho de los otros hombres. ¡Ay! la tierra tembló, los cielos se llenaron de espanto, los ángeles se estremecieron de horror y se cubrieron el rostro con las alas al ver á este ministro de iniquidad ultrajar de una manera tan cruel y bárbara al Dios de majestad.

Ciertamente Jesús hubiera podido interpelar á Caifás, y llenar de reconvencciones á este señor inhumano, cuyo odio manifiesto había animado la insolencia de su criado; él hubiera podido decirle con mucha más razón que San Pablo al gran sacerdote Ananías: «Dios te herirá por sí mismo, muralla blanqueada, que sufres y apruebas que yo sea cobardemente herido en tu presencia.» Mas no; conservando Jesús hasta el fin el respeto al sacerdocio en la persona de aquel que estaba revestido de él, á pesar del abuso indigno y escandaloso que del mismo hacía, se vuelve hacia el hombre que le ha herido, y sin manifestar enojo alguno ni alteración, se contenta con decirle modestamente: «Si he dicho alguna cosa que no deba decir, muéstrame en qué he hablado mal; y si nada he dicho que no sea justo y razonable, ¿por qué me hieres?

Pero, podrá preguntarse ¿por qué el Salvador, que siempre apoyó su doctrina con su ejemplo, no observó aquí lo que había aconsejado que se hiciese en semejantes circunstancias? ¿Por qué no presentó la otra mejilla al que le había dado la bofetada, y sufrió silencioso el insulto que acababa de recibir? Si en esta ocasión el Señor no presentó la otra mejilla sin proferir una palabra, obró así por muchas

razones, todas igualmente dignas de su sabiduría y de su tierno amor para con nosotros. En primer lugar, Jesús fué acusado, apercibido y castigado por el infame Malco en presencia del primer tribunal de la nación, porque había faltado al respeto al gran sacerdote. Pues bien, si él hubiera disimulado y guardado silencio ante esta grave acusación; si después de haber sido herido en la mejilla una vez, hubiera presentado la otra para recibir un segundo ultraje, hubiera podido creerse que se reconocía culpable, y que confesaba de una manera tácita haber faltado á la dignidad sacerdotal. Debió, pues, rechazar la acusación que se hacía pesar sobre él, quejarse con dulzura del tormento cruel que se le hacía sufrir y pedir una prueba del crimen que se le imputaba, á fin de que la imposibilidad que había de aducir esta prueba, hiciese brillar su inocencia á los ojos de todos, y pusiese en evidencia la injusticia de sus enemigos. Estas respuestas, estas palabras admirables encierran también una sabiduría profunda. Supuesto que Jesús se había colocado en lugar nuestro, era propio de su caridad infinita consentir en ser castigado como nosotros habíamos merecido serlo; pero convenía también á la sublime dignidad, á la excelencia de su ministerio y á la humanidad misma, que su vida resplandeciese pura de toda mancha, y que ni su inocencia ni su santidad infinita quedasen en solo instante dudosas é inciertas, á fin de que fuese evidente á todos que el pecado por que fué castigado era nuestro, y no suyo, y que si sufrió como uno de nosotros, sufrió tan sólo por nuestro amor.

Efectivamente; el Salvador no quiere sufrir una afrenta tan grande delante de los hombres, sino porque había de ser más grande aún la vergüenza que nosotros debíamos experimentar en vista de nuestros pecados al presentarnos delante de Dios. La bofetada ignominiosa que Jesús recibe de los pecadores es, por consiguiente, á un tiempo mismo expiatoria y consoladora; ella es, por decirlo así, el salvo-conducto concedido á los pobres pecadores para que pudiesen comparecer en presencia de Dios sin temor y sin afrenta. Porque en el momento mismo en que el Hijo de Dios recibió como uno de nosotros y aceptó por nuestro amor con tanta resignación un insulto tan injusto y tan atroz, su Padre, en vista del mérito infinito de una expiación tan grande, borró generosamente de nuestra frente la marca de la ignominia que habíamos contraído por nuestras culpas, y nos sacó de la vergüenza que debía hacernos ruborizar y llenar de espanto en su presencia. Así, pues, al tomar el Redentor para sí solo la deshonra que nos pertenecía, nos mereció su propia seguridad y su propia confianza delante de Dios, así como por su muerte nos mereció su misma vida.

Luego, supuesto que el recuerdo de nuestros pecados y la conciencia de nuestra ingratitud y de nuestra indignidad nos cubren de confusión; supuesto que al levantarnos para ir en busca de Dios, sentimos dolbitarse nuestras rodillas y estremecerse nuestro corazón; supuesto que nuestra lengua vacila y tartamudea, y que el rubor se extiende sobre nuestra frente, hasta el punto de que no osamos levantar los ojos hacia él, ni dirigirle la palabra; debemos figurarnos en nuestra imaginación el ultraje infamante, el insulto cruel que Jesús experimentó por parte de los pecadores, para bien de los pecadores mismos; este será un medio á propósito para no abatirnos ni perder nuestro ánimo y confianza. Y dirigiendo el corazón á Dios debemos decirle entonces con el profeta: Señor, mi bajeza y mi infamia me hacen indigno de que echéis sobre mí una sola mirada de misericordia; pero mirad el rostro sagrado de vuestro Hijo Jesús; ved en él la señal de la cruel bofetada que recibí por mí; y por el mérito de su ignominia, borrad la mia, y volvedme vuestra confianza, vuestra protección y vuestro amor.

Al manifestarse el Salvador sensible al insulto que había recibido en la ocasión solemne de que acabamos de hablar, y al preguntar jurídicamente el motivo, obró como nuestro Maestro y nuestro modelo; porque de este modo nos dió á entender que los primeros movimientos de impaciencia y de cólera que el hombre siente cuando recibe una injusticia ó una afrenta, no son pecados, supuesto que preceden á la reflexión y al juicio de la razón. Él nos hizo comprender que al sentir muchas veces, hermanos míos, encenderse la sangre y agitarse el espíritu; al experimentar una repugnancia, una antipatía interior en el acto de encontrar á un enemigo personal, de oírle hablar, ó de escuchar su nombre, sobre todo si la herida está todavía ensangrentada y la ofensa es reciente; todos estos sentimientos que se elevan en nosotros sin nuestra participación, como movimientos de la naturaleza irascible, independientes de la voluntad, no nos hacen culpables á los ojos de Dios, y que, por el contrario, pueden ser un motivo de mérito, si los ahogamos en nuestro interior y los reprimimos con prontitud. El nos ha enseñado que la ley del perdón de las ofensas y del amor de los enemigos no nos obliga á abandonar nuestra inocencia bajo el peso de la calumnia, ni á condenarnos á un silencio tan absoluto que no podamos protestar contra la inícuca persecución que nos oprime; y que si ella quiere que hablemos con sabiduría y con dignidad cuando nos vemos inculpados ó castigados injustamente, ella nos autoriza al mismo tiempo á pedir, á ejemplo de Jesús, la prueba y la razón de los crímenes que se nos imputan,

de los indignos tratamientos que se nos hace sufrir, y á poder decir igualmente: «Si he hablado mal, manifiestad en qué; y si he hablado bien, por qué me herís?» Y, compadecido de nuestra miseria y de nuestra flaqueza, ha querido endulzar así la severidad de la ley que ordena el perdón de las ofensas, y facilitararnos su observancia.

Sin embargo, cuando Jesús se quejó de la afrenta que se le hacía, y pidió la razón de ella, habló, es verdad, con una admirable firmeza, pero también con mucha serenidad; él manifestó una majestuosa dignidad, pero al mismo tiempo una gran dulzura. Con esta conducta nos enseñó que nuestra paciencia, á pesar de ser noble, majestuosa y magnánima, no debe dejar por eso de ser humilde y sincera, lo mismo cuando perdonamos, que cuando somos el blanco de la injusticia. El nos enseñó á defender nuestra inocencia por las vías legítimas, á proteger nuestra virtud con las únicas armas que le convienen, y á rechazar la calumnia y la mentira, no con la cólera y la amargura, sino con la paz en el corazón y la verdad en los labios; á no otorgar la razón á nuestros enemigos con el espectáculo de nuestra impaciencia y de nuestro furor; á no volver amenazas por amenazas, odio por odio ni ofensa por ofensa; y, como él mismo nos dice por San Pablo: No debemos dejarnos vencer por el mal, volviendo mal por mal, sino por el contrario, debemos triunfar del mal por el bien, volviendo bien por mal.

En efecto, ¿con qué derecho nos atreveremos, siendo pecadores como somos, á quejarnos, á entregarnos á los arrebatos de la cólera y á alimentar proyectos de venganza, si sufrimos alguna injusticia de parte de nuestros hermanos, cuando vemos al Hijo de Dios, que es la inocencia misma, sufrir con tanta paciencia por nuestro amor el atroz insulto que le hicieron los hombres? ¡Ah! No seamos tan celosos del aprecio de nuestros semejantes ni tan susceptibles respecto al honor, supuesto que Jesucristo consintió ser ultrajado por nosotros: imitemos por el contrario su dulzura y su paciencia en sufrir las injusticias que experimentamos de parte de aquellos que tienen con nosotros la misma naturaleza de hombres, la misma condición de esclavos y la triste cualidad de pecadores.

Si Jesucristo no presentó la otra mejilla al que le abofetó, como les había dicho que debía hacerse, nos da claramente á entender por su conducta, que este precepto ó este consejo del Evangelio debe tomarse, lo mismo que otros muchos, más bien según el espíritu que según la letra; que el Salvador exige para el cumplimiento de este precepto sublime, más bien las disposiciones del corazón que la ostentación material de las obras; que la acción de presentar la otra

mejilla puede omitirse, y que lo que nos importa en este precepto es perdonar al que nos injuria y nos ofende, aun cuando sepamos que está pronto á renovar contra nosotros las ofensas y las injurias. Porque puede suceder, y sucede efectivamente con mucha frecuencia, que mientras que se manifiesta exteriormente calma y paciencia al recibir las injurias, se alimente en el corazón el resentimiento y el odio; y entonces ¿qué significa á los ojos de Dios esa máscara de resignación?

Muy diferente es la conducta del Salvador. Por una parte respondió con verdad sin manifestar resentimiento, y por otra se resignó con la mayor tranquilidad á dejarse abofetear otra vez y á sufrir otros insultos más bárbaros aún. Así, pues, Jesucristo confirma en este día con su ejemplo el gran precepto que nos había dado antes con estas palabras: Sabed que mi Padre celestial no os perdonará, sino que por el contrario os castigará del modo más severo, si vosotros no perdonáis con toda la sinceridad del corazón á vuestro hermano que os ha ofendido.

El nos enseñó que basta perdonar en el fondo del corazón, sin que sea necesario hacerlo con cierta afectación exterior, y que no es suficiente tener con los que nos han ofendido un trato amable en apariencia, si se conserva en el corazón el odio contra ellos. Es decir que Jesús condenó con su ejemplo, no sólo esas discordias públicas, esas enemistades manifiestas, esos odios brutales que estallan siempre en injurias sensibles, en riñas violentas, en traiciones horribles, en asesinatos crueles; sino que también condenó esos odios, que yo llamaría dulces y cultos, esas enemistades embizadas, esos rencores secretos que no ponen en la mano del ofendido un arma para derramar la sangre y quitar cruelmente la vida á su agresor, pero que aguzan su espíritu y su lengua para hacerles desgarrar la reputación y el honor, tesoros mucho más apreciables que la vida misma; y desgraciadamente esa especie de enemistades se encuentran entre los mismos que ostentan educación y afectan piedad.

¿No es cierto, en efecto, que si nuestro prójimo tiene la desgracia de ofendernos, aunque sea una sola vez, por un solo acto que la calumnia inventa con frecuencia, ó que la maledicencia exagera, aun cuando sea por broma ó por diversión, y aun por ignorancia ó por distracción; no es cierto, repito, que se nos hace horriblemente anti-pático, molesto y odioso? Seguimos observando con él los miramientos debidos; no osamos pronunciar en su presencia palabras ofensivas; pero en su ausencia no dejamos de rebajar su mérito, de desacreditar sus talentos, de suscitar dudas acerca de su pudor, de su honestidad

y de su religión, de censurar su conducta y de calumniar sus intenciones; no cesamos de paralizar su industria, de desanimar su clientela, de detener la marcha de sus negocios y de sus intereses; no cesamos de hacerle sospechoso á sus amigos, de introducir la desconfianza en sus superiores y de excitar contra él el odio de sus parientes. Y ¿qué importa que sigamos visitando á la persona que nos ha ofendido, que le prodiguemos saludos é invitaciones, que le colmemos de atenciones y de cumplimientos, si después le desgarramos en secreto? En nuestro pecho se abraza el odio, la envidia y la venganza, y tanto más odiosas, en cuanto al pecado de encubrir una enemistad positiva añadimos el crimen de la hipocresía y de la traición. Esa falsa generosidad, esas atenciones afectadas, á las que nos sometemos más bien por un principio de educación que por espíritu de religión, más bien por no ofender la vista delicada del mundo que por obedecer la ley de Dios, no bastan para obtener el perdón del padre celestial, que lo ha prometido, no á las reconciliaciones aparentes, sino al olvido sincero de las ofensas y al verdadero afecto del corazón.

No somos culpables, repito, al experimentar repugnancia respecto al que nos ha ofendido; pero pecamos en alimentar esta repugnancia, en secundarla y en manifestarla en nuestros pensamientos, en nuestras acciones y en nuestras palabras; pecamos en abandonarnos á las imprecaciones, á las maldiciones y á las injusticias contra el agresor, y este pecado es diametralmente opuesto al espíritu del Cristianismo, supuesto que el cristiano, según la bella expresión de Tertuliano, es el hombre que no tiene enemigos, el hombre que olvida y perdona.

Así, pues, cuando la pasión nos domina, cuando el amor propio nos excita á tomar venganza de las injurias recibidas, debemos decirnos: No puedo, no debo, no quiero hacerlo: soy cristiano. De este modo, pues, nos sentiremos fortalecidos, y de tal modo superiores á nosotros mismos, que podremos cumplir la ley del perdón y obtener la recompensa. Así sea.

## LA NEGACIÓN DE PEDRO Á JESUCRISTO

*Antequam gallus canet, ter me negabis.*  
Antes que cante el gallo, me has de negar tres veces.

(MATH. XXVI, 34.)

Jesús, acabada la oración en el huerto de Gethsemani, se ha levantado ya para salir al encuentro del traidor que lo había de vender á sus enemigos. Los aterra, y da con ellos en el suelo con solo una palabra; pero les permite levantarse inmediatamente, y entrégase en sus manos; entonces fué arrastrado en medio de un populacho vil, ebrio de rabia y odio, por las calles principales de Jerusalén, poco ha testigos de su triunfo y de las aclamaciones del pueblo. Es llevado desde luego á Anás, suegro del pontífice Caifás. Preguntado acerca de su doctrina en presencia de testimonios que seguramente no podían encontrar falta ninguna en este inocente y santo por esencia, Jesús responde con modestia, y por lo común guarda silencio. Sin embargo, conjurado en nombre de Dios vivo por el pontífice de la antigua ley, que declare si él es verdaderamente el Cristo, Hijo de Dios vivo, esto es, Dios también como su Padre, responde: «Tú lo dices; lo soy»; y luego de haber dicho estas palabras, su boca divina se cierra para guardar silencio profundo. El gran sacerdote rasga sus vestiduras; exclama que Jesús blasfema y que es digno de muerte.

Todos pronuncian esta misma sentencia; y entonces, como la noche estaba ya bastante avanzada, se le deja mientras es hora de sueño y descanso, entregado á una horda de forajidos, hecho blanco de los más crueles ultrajes é insultos de parte de los guardias y del soez populacho. Su rostro es abofeteado y cubierto de salivas; véndansele los ojos, y se le pregunta adivine quién le pega; y así, aquel á quien adoran los ángeles, aquel cuya inefable visión hará el gozo eterno de nuestra inmortal vida, y nos servirá de gloria superabundante, este mismo Señor está hecho vil juguete de todo lo que el más insultante

desprecio puede imaginar, de todo lo que la irrisión y el escarnio tienen de más humillante y dañino, de todo lo que la injuria sugiere de más ultrajante, de todo lo que la indignación y malos tratamientos inventan de más grosero y asqueroso.

Y no solamente, en una constitución perfecta de su naturaleza sensible á más no poder, apta para todo sufrimiento, padece todos los dolores imaginables y más allá, sino que su alma quiso también saturarse de amarguras, y apurar hasta la hez ese cáliz de oprobio, sin que una gota se perdiese, y sin que recibiese del cielo el menor consuelo y desagravio en tan críticos momentos. Pero lo que hay de más sensible para su corazón, y lo que servirá de asunto á nuestra instrucción de hoy, fueron la infidelidad, la traición misma de su apóstol, la negación de San Pedro. Os suplico me estéis atentos, amados hermanos míos. Conjuro al cielo penetre á vuestros corazones de recogimiento y del espíritu de oración, para que en vista de este ejemplo de la flaqueza humana, que es cabalmente nuestra historia, como debe ser nuestra escuela, aprendamos á llorar de veras nuestros pecados, y á esperar en la bondad de Dios. Pidamos antes la gracia. *Ave Marta.*

Sabéis muy bien, amados hermanos míos, que Pedro había sido colmado de favores y privilegios por su Maestro, desde el día mismo en que Jesús lo había encontrado en las orillas del lago de Genezareth; mientras estaba lavando sus redes y su barca, porque era pescador. Habíalo visto el Señor, y lo miraba con amor, con este amor que constituye la elección y la vocación divina. Dijo pues: «Sígueme.» Llamados así por Jesucristo, habían abandonado inmediatamente sus barcas y redes Pedro y Juan, en las orillas del lago, y se agregaron á su carrera apostólica. Desde entonces no lo dejaron jamás, y fueron constantemente testigos de sus actos, como de sus divinas instrucciones. Un día, entre otros, en que Jesucristo se dignaba sondear á sus discípulos, les preguntó lo que pensaban de él las gentes: *Quem dicunt esse Filium hominis?* «¿Quién dicen que es el Hijo del hombre?» Y ellos responden: unos dicen que sois Juan Bautista; otros dicen que sois Elías; los otros que Jeremías ó algún otro de los profetas; y se levanta Pedro, y pronuncia entonces por la primera vez en la tierra esta profesión solemne que se ha estado repitiendo de edad en edad, y que ha fundado la Iglesia: «Pues yo digo que vos sois el Cristo, hijo de Dios vivo.» Entonces fué cuando el Salvador, para garantizar su fe por medio de un testimonio irrefragable, y para dar cumplimiento á uno de sus mayores designios, se dignó respon-

derle: «Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» Fué establecido entonces Pedro jefe de los apóstoles, vicario de Jesucristo, y revestido anticipadamente de todo este poder que acatamos todavía en su sucesor el jefe actual de la Iglesia católica.

Acercábase empero el momento más solemne y más crítico, y Pedro tenía que manifestar su fe y su amor, porque en verdad él amaba entrañablemente á su Maestro. El momento, pues, tan solemne como crítico, iba á llegar, y Jesús, deseando precaver á sus discípulos contra el escándalo de su Pasión, les dice: «¡Oh amigos míos! vosotros os escandalizaréis en esta noche á causa de mí.» Replica Pedro inmediatamente, y con ardor sincero, pero demasiado precipitado, y que tan caro le había de costar, dice resueltamente: «¿Cómo?... ¡Yo, aun cuando todos se escandalizaren á causa de vos, yo no me escandalizaré jamás; no, jamás!—Pedro, esta misma noche, no muy tarde, sino antes que cante el gallo dos veces, tú me habrás ya negado tres.—¿Cómo? ¡Señor! ¡Yo!... pronto estoy á seguirlos en la cárcel, y aun en la muerte.—Y por más que necesario me fuera morir, nunca jamás os negaré.—Y el Salvador vuelve otra vez á predicarle su triple negación.» Y todos los Padres han visto, amados hermanos míos, en esta presunción, que sin duda procedía de un corazón sincero, pero también de una excesiva confianza en su fuerza y voluntad propia; han visto, digo, el origen de esta caída deplorable que vamos á meditar juntos para nuestra instrucción y consuelo....

Pedro era virtuoso; Pedro se había sacrificado en defensa de su Maestro; ya lo sabéis, en la primera ocasión que se presentaba, puso al instante mismo mano á su espada, é hirió á uno de los satélites del pontífice; solo, entre los demás, intentó oponerse resueltamente á la fuerza armada, resistiendo sólo él á la opresión. Pero Jesús, con su mansedumbre y bondad acostumbradas, apela á un milagro para curar la herida que su celoso discípulo acababa de hacer. Pero el momento llega ya: Jesús es preso y maniatado; arrástrase como á un malhechor por las calles en medio de la algazara y silbos de la soldadesca y de los criados del pontífice. En tal coyuntura, Pedro: ¿qué hace? Pedro seguía de lejos: *Sequebatur á longe*; no le seguía sino de lejos. ¡Ved cuán pronto se va resfriando su ardor! Y sin embargo, hermanos míos, no os engañéis: Pedro amaba entrañablemente á su Maestro; lo seguía empero de lejos; y entra, por una especial protección que encuentra por casualidad, hasta el interior del atrio del gran sacerdote. Y allí ¿qué hace? Se calienta. Hacia frío, y nada más natural y sencillo que armarse á la lumbre. Pero entre

tanto su Maestro padece, sufre; su Maestro está hecho el blanco de todos los ultrajes é insultos de monstruos en figura humana. Pedro se está calentando muy quieto, haciendo corro con los enemigos de su Maestro. Se queda allí, oye sus propósitos, escucha sus discursos. Parece que advirtiendo su debilidad, y sobre todo acordándose de las palabras del Salvador, hubiera debido huir, desconfiar de su valor. Pero no; se está quieto, calentándose muy tranquilamente.

Mas he aquí un acontecimiento temible que va á sobrevenir, y que Pedro ha podido y debido prever muy bien. Oyese á un lado del corrillo una voz acusadora, maliciosa, y se dirige á Pedro. Es la voz de una mujer, de una mujer esclava, de una mujer sirvienta en el palacio del pontífice. «¡Ah! yo te he visto. Tú eras uno de sus discípulos.—¡Yo!... no sé lo que estás diciendo.—¡Ah! sí; yo te he visto, y tu lenguaje te descubre.—¿Cómo? ¡yo!... no conozco á ese hombre.» Para un momento. El gallo canta por primera vez. Pedro se queda todavía. Lo que tiene de más débil la naturaleza, una mujer esclava, da al traste con ese valor, con ese ardor del jefe de los apóstoles y del fundador de la Iglesia. Si se hubiese tratado de una seducción de otro género, la condición de la acusadora no importaba nada, nada hacia al caso, ó al menos era poca cosa; ciertas gracias exteriores hubieran podido suplir ó bastar. Pero él que triunfa aquí es el miedo, y una sola palabra salida de una boca débil sobra, á lo que parece, para derrocar esta columna, este apoyo de la religión y de la Iglesia de Jesucristo.

Entretanto llama la criada á otra compañera suya para asegurarse de haber tenido razón y dicho la verdad.—«Pues sí; yo lo he visto también; yo lo reconozco muy bien; él es; él mismo es.—No, replica vivamente Pedro, no; yo te digo que no conozco á tal hombre.» Y en seguida se pone á jurar y á hacer imprecaciones para hacerse creer: «No, no; yo no conozco á tal hombre.» La bulla de este altercado, el ruido y tumulto que naturalmente movía este alboroto, causado por las acusaciones y negaciones, llaman la atención de los guardias y de los criados; veislos correr hacia el lugar de la disputa. Los oís exclamar: «Sí, sí; por vida nuestra, es galileo; y estaba con esta gente... yo lo he visto en el huerto con él... y yo lo he visto desenvainar la espada... y yo...» «Pero, ¿qué haces? Tiembla todo su cuerpo.» —«¡Yo! ¡yo!... ¡pero si os digo que ni aun lo conozco!»—«¿Cómo! ¿no es él quien fué un día á buscarte á las orillas del mar de Genezareth, y te llamó para siempre su discípulo, y te nombró su amigo? ¿Cómo! ¿tú no conoces á ese hombre, Pedro? ¡Y durante tres años te ha estado colmando de favores, acariciándote y llenándote de distinciones;

él ha abierto para tí todos los tesoros de su corazón, y sobre tí ha esparcido todos los dones celestiales de la palabra y gracia divina. —«No, no; yo no conozco á tal hombre!»—«¡Pedro! ¿tú no conoces á ese hombre? ¿Cómo! ¿No es él mismo el que viste andar sobre las aguas para venir á tu encuentro y sostenerte en medio de la borrasca para que las olas embravecidas no te sumergieran? ¿Cómo! ¿tú no conoces á aquel cuyo maravilloso poder llenó de peces tu barquilla y tus redes, en tanta abundancia que no podías volver á tierra? ¿No es por ventura á tí á quien dirigí aquella hermosa y sublime frase: «En adelante, yo te haré pescador de almas?»

«No, no; ¡yo no conozco á tal hombre.—Pero, si yo te he visto en el huerto con él, dícele uno de la turba.—¡A mí! ¡yo! no, jamás.» Pedro, ¿tú no conoces á ese hombre? ¿Cómo! ¿no es él quien muy poco ha, transfigurado en el Tabor, te hizo testigo de su gloria y su poder, cuando teniendo á sus lados como representantes de la antigua ley á Elias y á Moisés, te hizo oír aquella voz de lo alto de los cielos: «Este es mi hijo muy amado, en quien he puesto todas mis complacencias», manifestando así su gloria y poderío? y cuando le dijiste, tú, Pedro, con Santiago y Juan: «¡Oh! ¡y qué bueno es estar aquí!» Si, sí, muy bueno era estar allí; pero en la pasión, en medio de los insultos y ultrajes con que se agobia á tu Maestro; cuando éste se ve humillado, menospreciado, maltratado, ¿cómo es que no lo conoces tú? «Yo no conozco á tal hombre; jamás lo he visto.» Pedro, ¿no conoces tú á ese hombre? ¿Cómo! Pues ¿no es el quien atraía á todos los pobres, hambrientos de su palabra, quien multiplicaba por miles los prodigios, quien con solos cinco panes alimentaba una muchedumbre innumerable en el desierto? Tú estabas allí, Pedro; tú eras el principal distribuidor del alimento milagroso; ¿y no te acuerdas ya? ¿Cómo! ¿no es él quien hizo escuchar á tus oídos aquellos discursos llenos de sabiduría divina? ¿Pedro, Pedro! ¿tú no lo conoces? «No, no; yo no lo conozco; no lo he visto jamás; yo lo afirmo, juro, protesto.»

¡Ah, hermanos míos! viendo estáis la flaqueza humana y nuestra debilidad en presencia de la verdad, en presencia de los peligros, de los milagros, de la bondad, de la sabiduría, de la santidad y de la perfección divina del Salvador. Ved ahí este hombre; ved este apóstol, constituido jefe de la Iglesia; ved al que irá á llevar el Evangelio hasta los confines del mundo. ¡Ah! en verdad, hermanos míos, vosotros mismos convendréis en ello: llegará un día en que Pedro irá á plantar la cruz de Jesús en la cima del Capitolio, en el seno mismo de Roma, de la Roma pagana, y á luchar cuerpo á cuerpo contra el

poder y tiranía de los Césares. ¡Oh! al menos vosotros lo confesaréis; ni podrá él atribuir á su fuerza, ni á su valor, ni á ninguna cualidad suya los prodigios que obren su palabra y su celo. ¡Ah! vedla ahí, á esta flaqueza, á esta debilidad humana! Vedle ahí, á este hombre que cede al miedo, al espanto, á la palabra de una mujerzuela, á los gritos descompasados de unos cuantos miserables, de algunos criados rebeldes contra su Señor. El lo reniega; él dice: ¡Anatema! en adelante va á ser el objeto de su odio y de su olvido... No, no; yo me engaño. Pedro, tú amabas á tu Maestro. Es verdad que en esta hora, en esta circunstancia, á la vista del peligro, le amabas algo menos: le amabas menos que á tu vida, y era necesario amarle más que á tu vida; pero, en fin, tú le amabas; y te quedaste allí, á pesar de tu debilidad, á pesar de tu flaqueza, para ver la continuación de todos aquellos acontecimientos que seguramente te llegaban al corazón.

Hermanos míos, todos deploramos amargamente esta flaqueza, esta debilidad humana. ¿Creéis vosotros que hubierais respondido mejor que Pedro, resistido más que él, mostrado más fidelidad, más valor que él? ¡Cómo! jamás hubiera pronunciado vuestra boca aquellas lamentables palabras: «No, no; yo no lo conozco.» Decidme, os suplico, si vuestra boca no ha pronunciado estas palabras, si no habéis renegado así de vuestro Maestro y Salvador, con vuestros labios. Decidme: cuando el mundo ha pedido á vuestra conciencia y á vuestro corazón concesiones que reprobaba la ley de Jesucristo; cuando se os ha puesto en el aprieto, ó de seguir el Evangelio y practicar sus mandamientos y doctrinas, ó bien de obedecer á exigencias vanas, injustas, culpables, decidme: ¿qué partido habéis tomado? Si me interno en medio de vuestros hábitos y costumbres; si me pongo á tomar cuenta de cada una de las horas de vuestra jornada; si pregunto á esta vida de mollicie, de ociosidad, de dejar correr las cosas á su arbitrio; si pregunto á esas conversaciones peligrosas, disolutas, á esas malas lecturas, decidme: ¿es que declararéis entonces conocer bien á Jesús, reputaros por sus discípulos, y seguirlo hasta la muerte? Decidme, decidme, si en tanto que se os ve sin embargo bastante atentos en la oración, frecuentar los templos, cumpliendo con vuestro deber de asistir al santo sacrificio de la misa, una vez al menos por semana; si, os digo, se os preguntase en seguida, si en todo lo restante del tiempo, es Dios á quien servís, hombres de mundo, ó si al contrario vuestra vida es vana, enteramente fútil, impregnada de afecciones desordenadas, de preocupaciones mundanas ó pueriles ¡ah! en verdad no sé lo que podríais responder.

Deplorad, sí, deplorad la flaqueza y debilidad del apóstol; pero

llorad, llorad mucho más sobre la vuestra; porque en el curso de vuestra vida, con vuestras acciones y por medio de vuestra conducta, habéis dicho más de una vez: «No, no; yo no conozco á ese hombre.» Decidme: cuando se os está viendo; cuando se os pregunta; cuando se consideran los ejemplos que dáis; ¿se os reconocerá por verdaderos discípulos de mi Salvador, de mi Maestro? ¿Es acaso el Evangelio cuya práctica tomáis á pecho seguir, cuya doctrina os proponéis como regla en vuestro lujo desenfrenado, en vuestros placeres sensuales, en donde naufragan muy de ordinario la virtud y el pudor? Cuando venís á ofender á los ángeles de Dios con vuestros adornos immodestos; cuando prodigáis á vuestra vanidad tesoros que habrían podido alimentar por largo tiempo numerosas familias de pobres; cuando disipáis así la substancia que Dios os confía, decidme: ¿es esa la vida de un discípulo de Jesucristo? No quisiera seguramente que mi palabra en este recinto sagrado lastimase el corazón de quien quiera que sea: no quisiera exagerar nada en el fervor de la franqueza de mi ministerio apostólico; pero ¡ah! abatido yo mismo frecuentemente por el recuerdo de mi propia flaqueza; interrogando, con la experiencia de mi ministerio, la vida de la mayoría de los cristianos, aun de los que á los ojos del mundo pasan por muy arreglados, yo me pregunto á la vez: ¿en qué hemos imitado al Salvador, reproducido su vida, profesado su fe? ¡Ah, hermanos míos! me veo obligado á confesar que hemos renegado de él muchas veces; que lo hemos negado no dos, no tres veces, sino diez, ciento, y aun mil y más veces, amados hermanos míos. Había dicho que se reconocería á sus discípulos en la caridad, á la caridad en la disposición del corazón, á la caridad en la sobriedad y cordura en el hablar; decidme, os ruego; ¿vuestras palabras respetan convenientemente la reputación ajena? ¿No se os ve atentos sin cesar á notar las faltas de vuestros prójimos, á encarecer deslices, extravíos en que tal vez hayáis tomado vosotros una gran parte y que bajo este supuesto no os tocaba á vosotros censurarlos tan acremente? ¿Es esta la caridad que Jesucristo os predica? Pues bien, ahora, reconociendo aquí mismo todos vuestra debilidad, vuestra flaqueza, viendo que vosotros habéis negado también á vuestro Salvador, habéis abandonado sus leyes, adulterado su espíritu y menospreciado su amor; viendo que vosotros habéis escandalizado quizás en vuestro corazón al mundo, y esparcido en torno de vosotros tristes influencias; ¡ah! humillaos y conjurad al Señor os perdone en esta misma hora; pero para obrar mejor en adelante; para seguirle más de cerca y no abandonarlo en medio de los desprecios y ultrajes de su Pasión; meditad este episodio lamentable y aprovechaos de las instrucciones que encierra.

Me dirigire á las almas piadosas y fieles, y seguramente se hallan aquí en gran número. Disimuladme, amados hermanos míos; ya no quiero hablar para los que están ausentes, sino para vosotros, para vosotros que me estáis escuchando, para vosotros que consoláis el corazón del Señor, que en vuestra vida ponéis en primera línea el deseo de agradarle, respondedme: en este recinto mismo, en los ejercicios de piedad, en la frecuencia de sacramentos, en vuestras confesiones asiduas, que yo alabaré con toda mi alma, en vuestras comuniones frecuentes, que quisiera ver yo todavía más frecuentes, decidme: ¿tracéis vosotros bien y debidamente todas las disposiciones del corazón, y en especial esa disposición, ese deseo de reformar verdaderamente vuestra vida, de corregir y refrenar lo que Dios reprueba, y de desarraigar lo que él condena? ¿Sois fieles á la inspiración secreta de la gracia que habla en vosotros, á ese espíritu de Dios que os cubre y ampara con su sombra, y que sólo anhela colmaros de bendiciones y dulzura? Decidme todavía: ¿estáis aún tan puros como al salir de la infancia, poco alejados todavía de las impresiones de piedad de la tierna edad, bajo la influencia de la tradición de una madre cristiana y santa? ¡Ah! entonces vosotros os sentiais penetrados del amor de Dios; nada, nada habia superior á él en vuestros corazones: ninguna otra cosa podia hallar lugar en vuestro pecho; pero después, en medio de esta fascinación hechicera del mundo, de estas cosas vanas y frivolas en el torrente que os arrastra, decidme: ¿no habéis seguido también á vuestro Señor, de lejos? Y aun algunas veces en vuestras palabras y en vuestros actos, ¿no habéis hecho ver también que no le conociais ya? ¡Ah, hermanos míos! En estos dias de recogimiento y oración; cuando Dios tiene tanta necesidad de expiación y desagravios, os conjuro siquiera descendáis á lo más profundo de vuestras conciencias y de vuestros corazones; preguntaos escrupulosamente si sois efectivamente discípulos de Jesucristo, si lo reconocéis por vuestro Maestro, por vuestro Salvador; si el Evangelio es vuestra ley; decidme si no es ya mundano vuestro espíritu, si vuestro corazón toma sus inspiraciones y sentimientos en el amor divino. Pero al menos, si después de haber ofendido á Dios por más multiplicadas que hayan sido vuestras caídas y recaídas, por envejecidos que sean vuestros malos hábitos; ¡ah! creedme, si en el momento, en el instante mismo en que os habla Dios, sabéis recogeros y humillaros, pedid perdón y después no vacitéis en levantaros inmediatamente y caminar por el buen sendero!... Y aquí, hermanos míos, se nos presenta naturalmente la segunda lección que San Pedro nos da.....

Canta el gallo tres veces; Pedro advierte el aviso soberano; y se

acuerda, aunque demasiado tarde, de su Maestro: Jesús ha quedado muy mal parado de los soldados y criados. Estaba, pues, él allí; tal vez habria oído las palabras del discípulo que lo negaba, aunque nada nos dice el Evangelio acerca de este incidente. Pero ved, hermanos míos, lo que nos relata el Evangelio. «Vuélvese el Señor hacia Pedro, y miralo; á esta mirada Pedro vuelve en sí mismo, sale del lugar, y llora amargamente toda su vida. Angeles del cielo, ángeles del arrepentimiento y de la paz, llorad también; pero tranquilizaos; este discípulo débil é infiel, ¡ah! ese mismo será algún día el consuelo de los pecadores. No, no es sin gran motivo el que en lo secreto de su misericordia haya permitido la providencia del Señor esta caída y esta negación repetida tres veces. Pedro, tú te asentarás allá en el trono de Jesús; tú promulgarás la ley al universo; tú serás el representante de la verdad y del poder divino en la tierra. Pedro, tú has sido flaco, tú has sido pecador; permíteme que lo diga, yo me regocijo de ello, porque yo también he pecado, y al menos veo en tí el ejemplo de la misericordia y de la bondad del Señor. ¡Ah, amados hermanos míos! ¡vosotros que gemis ó podréis tal vez gemir bajo el yugo del pecado, que estáis forcejando entre la red del respeto humano, que no os resolvéis á romper los lazos que os aprisionan! ¡Ah! contemplad á este apóstol: él sale, vedlo; él sale; salid también vosotros: él se aleja; alejaos también vosotros; y si tenéis alguna ocasión de caída, si se reproduce esa á vuestros ojos, en torno de vosotros, salid de nuevo, huid, escapaos; si os quedáis, caeréis, porque sois flacos, y no habéis comprendido esta palabra del Señor. «Velad y orad para que no caigáis en la tentación.»

Ahora bien; vosotros habéis huido, os habéis escapado del peligro, roto vuestras cadenas; lloráis, lloráis amargamente; ¿no es verdad que estas lágrimas son dulces? ¡Cuánta dicha y cuánta paz se encierra ¡oh mi Dios! en el arrepentimiento, cuando vos nos inspiráis el santo deseo de la penitencia! Así aprendemos pues á amaros. ¡Ah Señor! en los recuerdos del pecado, en esa memoria lamentable de una vida pasada lejos del Señor, y en esas horas interminables entregadas á la iniquidad y á las pasiones, ¡cuánta alegría hacemos sentir al ángel de la paz y de la bendición, al ministro del sagrado arrepentimiento, de la confesión y penitencia! ¿Os he ofendido, mi Dios? Vos lleno de bondad, vos mi Salvador, mi hermano, mi amigo, vos que habéis llorado en el huerto de Gethsemani con tales angustias que hasta derramásteis un copioso sudor de sangre; vos que habéis estado harto de oprobios, que habéis sido vendido, negado, desamparado; pero, mi Dios, me llamasteis un día, me tomasteis aparte, se arrepiñió mi corazón y me bendijisteis.

Todavía hay más, hermanos míos. Me tomaba la libertad de decir un momento ha, que tal vez no conoceríais el Señor á quien servís. No, no; no lo conocéis; tengo mucha razón para deciroslo. No conocéis al Señor que teméis; y bien, estadme atentos, quedaos aquí todavía algunos instantes, y estoy seguro de que vuestros corazones no dejarán este sagrado recinto sin bendecir la ocasión que se os ha dado de conocer mejor á vuestro Dios, recordando muchos acontecimientos después que Pedro ha llorado. Va á cumplirse la pasión del Salvador; transportémonos á ese venturoso instante en que Jesús resucitado sale del sepulcro. Vedlo victorioso de la muerte, dueño del mundo, Señor de los infiernos: vedlo por todas partes resplandeciente de gloria y poderío. Tiene, notad bien, á Pedro cerca de sí; y era muy justo: Pedro le había vendido, Pedro le había sido infiel; Magdalena estaba también con él. Jesucristo los escogió á ambos; ambos le habían ofendido; Pedro está ante su Maestro; Pedro infiel; Pedro flaco, débil, en cierto modo apóstata; no porque haya renegado de la fe de Jesucristo, no; Pedro lo ha amado siempre; pero vedlo ante Jesucristo resucitado. Ahora va á pronunciarse la sentencia; oigamos el castigo así como la penitencia. Ved á ese Dios, vedlo rodeado de sus atributos, aun exteriormente lleno de gloria y poder. ¡Oh Pedro! ¿qué vais á ser ahora en presencia de vuestro Maestro resucitado y glorioso, vos, Pedro, que habéis llorado, en verdad, pero que le habéis vendido y abandonado? ¡Ah, hermanos míos! yo me figuro á un padre, una madre cristiana á la faz de un hijo prevaricador é infiel: ¿cuáles serían sus palabras? ¿qué reprensiones no le harían? Pues bien: Jesús va también á dirigir á su discípulo sus reprensiones, va á imponerle sus castigos, infligirle sus penas: ¿qué le dice, pues? «Pedro, ¿me amas?» Y ved, hermanos míos, la pena, el castigo que Dios os impone, la penitencia que os pide.

¡Oh almas cristianas, que le habéis ofendido! ¿jamás ahora mismo, amáis á vuestro Dios, á vuestro Salvador, inmolado por vosotros, sacrificado por vosotros? ¿Le amáis? Yo no os pregunto si le habéis ofendido durante muchos años, si vuestras caídas y recaídas han contristado su corazón; yo no os lo pregunto ¡oh almas pecadoras! aunque tal vez tendría derecho de hacéro: yo os pregunto solamente una cosa: ¿jamás vosotros al Salvador Jesús? Pedro ha negado tres veces á su Maestro y Señor: pues bien, Jesús le dirige tres veces la misma pregunta, para recordarle la triple negación. Por lo demás, por toda reprensión, por todo castigo, le confirma su poder, su autoridad, su misión. Pedro queda siendo el sostén de la Iglesia, el jefe de la religión y del cristianismo: su nombre será bendito para siem-

pre jamás, será venerado en el altar, rodeado de veneración y homenaje. ¡Ah, hermanos míos! conoced por fin el corazón de vuestro Señor y Maestro; y si habéis tenido la desgracia de ofenderle; si vuestro corazón se ha rendido por fin ya de tanto penar...; Y bien, todo lo podéis esperar en un instante. «¡Pedro! ¿me amas?» «¡Oh si me amas, apacienta mis ovejas.» Como prueba de este amor, de esta caridad, como reparación de su infidelidad, Jesús pide á Pedro que ejerza el apostolado del cielo, que vaya á buscar las ovejas de su re-dil que se hubiesen extraviado, perdido.

¡Oh hermanos míos muy amados! ¡admirable reparación de la penitencia! Vosotros también los que habéis permanecido fieles, ó que habéis vuelto al Señor, vosotros á quienes inspirará tal vez la gracia divina el cumplir con la ley de la penitencia y avivar dentro de vuestros corazones ese verdadero amor del arrepentimiento; ¡ah! tened por cierto que lo mejor para repararlo todo, para borrarlo todo, para atraer sobre vosotros las más abundantes bendiciones de vuestro Salvador y de vuestro Dios, es buscarle también almas, buscarle corazones tan desgraciados como hayan podido serlo los vuestros, tendiéndoles una mano caritativa, haciéndoles ver la misericordia y la bondad de Dios. No es seguramente una razón para permanecer siempre hechos el blanco ó la víctima de nuestras pasiones y malos hábitos. ¡Oh! no, mil veces no. Es menester que este amor verdadero del arrepentimiento, pasando y penetrando por toda nuestra vida, se manifieste en adelante por medio de una obediencia pronta, resuelta, generosa, á los mandamientos de Dios, á las leyes de la Iglesia. *Amén.*

## LA NEGACIÓN DE SAN PEDRO

*Antequam gallus cantet, ter me negabis.*  
Antes que cante el gallo, me has de negar tres veces.

(MATH. XVI, 34.)

Para curar al hombre de una grande presunción y de un orgullo excesivo, permite Dios, hermanos míos, dice Santo Tomás, que caiga en grandes pecados.

Pues bien, tal vez ningún hombre tuvo más necesidad que Pedro de este remedio tan triste y tan humillante para ser curado. El amaba tiernamente á su Divino Maestro; pero le amaba más bien por simpatía natural puramente humana, observa San Agustín, que por el don de esa caridad sobrenatural que forma los mártires, y con un apoyo tan frágil creyó que sus fuerzas igualaban sus deseos.

Por otra parte, á pesar de las advertencias reiteradas de su augusto Maestro, no cuidó de formarse con la oración un escudo contra las tentaciones. Por el contrario, creyendo poseer en sí mismo fuerzas bastantes para triunfar de todo, llevó la temeridad hasta el extremo de arrojarle voluntariamente al peligro, en el que le había anunciado el Salvador que perecería de la manera más lamentable.

Obcecado por su presunción, no conocía Pedro su flaqueza: mas Dios permite su caída para convencerle de su fragilidad, y darle así esta grande lección que muchos siglos antes había dado por boca del profeta: «El hombre no tiene en sí mismo más que el poder de perderse; en Dios sólo está su fuerza, su sostén y su apoyo.» El hombre, pues, nada puede sin la asistencia de Dios. Esta importante verdad es el fundamento de toda la moral cristiana; Jesucristo, dice San Agustín, ha querido enseñar en la persona de Pedro á todo el género humano.

Desde este punto de vista debemos considerar en el día de hoy este triste episodio de la Pasión del Señor, antes de salir de casa de Caifás. El nos ayudará á persuadirnos de que, abandonados á nosotros mismos, no podemos hacer otra cosa que correr á nuestra perdición: que

nuestro deber es poner nuestra confianza en solo Dios, y no recurrir más que á él, si queremos salvarnos. Imploramos antes el auxilio de la divina gracia. *Ave María.*

Cuando Jesús cayó en manos de sus enemigos, todos sus apóstoles le abandonaron, y Pedro salió huyendo lo mismo que los demás. Sin embargo, animado Pedro de un amor á Jesucristo más ardiente que los otros, y más confiado también en sí mismo, se volvió pronto atrás y se puso á seguirle de lejos: *Petrus autem sequebatur à longe*, porque no podía resolverse á separarse enteramente de su Divino Maestro. Esta conducta excita en nosotros un sentimiento de admiración y de respeto hacia Pedro, pues que á pesar del temor extraordinario que le inspira el odio de los judíos, no abandona enteramente al Salvador. El temor fué producido en este apóstol por la fragilidad de la naturaleza; su empeño en seguir los pasos de Jesucristo es la prueba de su tierno amor. Mas, pobre Pedro, exclama San Agustín; ¡ah! ¡cuán diferente es de lo que fué antes! Tan generoso como había estado en promesas, tan tímido se muestra, y tantas precauciones toma cuanto se acerca el peligro!

Con un corazón irresoluto y helado llega Pedro á la casa de Caifás, donde la soldadesca había llevado ya al Salvador. El consigue penetrar en ella por la mediación de uno de los discípulos de Jesucristo, amigo del pontífice, sin sospechar siquiera que él mismo se mete en el lazo. Apenas entra en el patio de esta fatal casa, cuando se mezcla con la turba de soldados y de criados, se pone á conversar con ellos con la mayor familiaridad y franqueza, y se acerca al fuego para calentarse con ellos.

Vedle, pues, reunido á un grupo de hombres del pueblo bajo, de los que cada cual habla todo lo mal que puede de Jesús de Nazaret; él aparenta indiferencia, con la esperanza de que no será reconocido por discípulo suyo. Mas ¡ay! que esta frialdad que le impide defender á su Divino Maestro es un presagio muy triste. Es un primer paso hacia la infidelidad. En efecto, la mujer encargada de la custodia de la casa le reconoce y le señala á todo el mundo como uno de los discípulos del Nazareno. Con una serenidad imperturbable que se asemejaba á la inocencia, levanta Pedro la voz de modo que pueda ser oído de todos y responde sin turbarse: Mujer, yo no conozco al hombre de quien me hablas, yo no sé siquiera lo que quieres decirme. En seguida se retira de allí y se mezcla entre la soldadesca. Mas ¿de qué le sirve? Apenas ha pasado una hora desde su primera infidelidad, cuando niega á Jesús por segunda vez. Otra criada acaba

de reconocerle igualmente por uno de los discípulos del Nazareno; ella lo hace notar á los que componen el mismo grupo, y todos confirman su testimonio; ellos le habian conocido igualmente. En este momento se turba Pedro: «¿Qué decís? exclama, ¿qué decís? Yo no conozco á ese hombre, ni aun de oídas.» Y para apoyar sus palabras hizo un horrible juramento.

Después de estas dos caídas tan lamentables, ¿quién no esperaría que Pedro se hubiera apresurado á alejarse de aquel lugar funesto? ¡Ah! ¿Cómo podía estar segura la fe del discípulo en el lugar en que el Maestro era condenado á muerte como blasfemo? Mas no; Pedro recorre desde el pórtico hasta el patio, y pasa de la luz á la obscuridad, pero no puede resolverse á abandonar esta mansión homicida. Entre tanto, uno de los soldados se acerca á él y le dice: «¿Cómo estás tú aquí? Yo te reconozco: tú eres de la comitiva del preso.» Pedro lo niega, y protesta alzando fuertemente la voz. Mas el soldado replica: «Es excusado que lo niegues; tu acento galileo es una prueba de que tienes una patria común con el Nazareno y de que has vivido con él.»

A los gritos que dan durante este altercado, acude, entre otros muchos, un pariente de aquel Malco á quien Pedro habia cortado la oreja en Gethsemani, y le dice: «¿Cómo te atreves á negar que eres discípulo de ese hombre? Pues qué, ¿no te vi yo con mis propios ojos que estabas en su compañía en el huerto de las Olivas? Pedro no se acobarda ni se confunde con tantos testimonios. El insiste cada vez más en su negación; él disimula la molestia, el disgusto y la cólera, y no contento con ser perjuro, lanza contra sí y contra los otros imprecaciones horribles, repitiendo en alta voz: «Yo no soy discípulo de ese hombre, yo no tengo nada de común con él, ni aun siquiera le conozco.» De este modo se cumple á la letra la predicción del médico celestial; el enfermo está convencido de presunción; porque Pedro se habia gloriado de que daría su vida por Jesucristo, y lejos de esto, hace justificar por el resultado lo que habia anunciado Jesucristo: que Pedro le negaría tres veces.

Después de haber jurado y protestado muchas veces que no se separaría jamás de él, rechaza ahora como una odiosa calumnia el honor de ser su discípulo, y aun se ruboriza de conocerle. ¡Ah! Ved aquí al primero de los discípulos de Jesucristo, exclama San Agustín, aquel á quien el Salvador amó tanto y distinguió entre todos las demás, vedle aquí renunciando públicamente su título de cristiano, vedle haciéndose apóstata y abjurando la doctrina, la fe y la Iglesia de Jesucristo. ¡Oh pecado monstruoso! ¡Oh espantosa caída!

Suspendamos nuestra admiración y nuestro dolor á vista de una falta tan grande, porque la infidelidad de este gran pecador es una lección saludable para todos los justos, como observa San Ambrosio.

La deplorable caída de Pedro se observa diariamente en un gran número de cristianos. Cada pequeño deseo es como una sirvienta astuta que asedia al hombre, le reconviene y le hace caer. En primer lugar, sorprendidos y aterrados á vista de tan gran caída, debemos temer continuamente por nosotros mismos, y pedir á Dios con el profeta que nos sostenga y nos salve, porque si el justo cae, ¿qué será del pecador?

En segundo lugar Pedro no sucumbe; sino porque omite la vigilancia y la oración que Jesucristo le habia recomendado especialmente. ¡Temblad, pues, oh vosotros á quienes el enojo, la indolencia ó la frialdad alejan del servicio de Dios! Temblad al ver, por el ejemplo de este apóstol, la fuerza y el poder que tienen sobre las almas libias las asechanzas y las tentaciones del demonio.

San Jerónimo hace á este propósito una reflexión, y es que el primer pecado de Pedro fué una simple negación, una simple mentira. Mas al perseverar este apóstol en su negación, pasó de la mentira al perjurio, del perjurio á las imprecaciones, de las imprecaciones á los anatemas, y finalmente de los anatemas llegó hasta las blasfemias. ¡Qué camino tan horrible recorrió en el espacio de tres horas! De precipicio en precipicio, de abismo en abismo fué cayendo hasta sumergirse en el fondo de la infidelidad. ¡Tal es la historia del corazón humano, continúa el santo doctor; tal es vuestra historia, oh vosotros los que principiáis la carrera del mal! Si vosotros despreciáis las pequeñas faltas, ellas os arrastrarán á una rápida pendiente. Acumulando continuamente pecados sobre pecados, y aumentando cada día más su número y su malicia, os precipitaréis bien pronto en el abismo de la corrupción y del endurecimiento.

Pedro, según observa San Ambrosio, no niega á Jesucristo en el monte ni en el templo, sino en el pretorio de Caifas, donde el Salvador se halla cargado de cadenas, y donde, por consiguiente, la verdad se halla condenada y la justicia prisionera. No procuréis, cristianos, introducirlos en los palacios de los grandes, de donde la justicia y la religión se hallan generalmente desterradas, y donde casi siempre se ve el hombre obligado á ruborizarse del pudor, á avergonzarse de la devoción, á lisonjear el vicio, á aplaudir el crimen y hacer traición á la verdad. Huid de las reuniones profanas; guardaos de manifestar ligereza en medio de los enemigos de la religión y de la piedad. Si no, acabaréis por adoptar poco á poco sus

ideas, os acomodareis á sus sentimientos, hablaréis su lenguaje é imitaréis sus acciones. ¡Y cuántos son, gran Dios, los que vencedores al principio de las más violentas pasiones, mientras permanecían en el retiro de sus casas, sucumben desgraciadamente después bajo el arma terrible de los respetos humanos, desde el momento en que se hallan expuestos al contacto del mundo.

Finalmente, San Agustín observa que Pedro era una columna, que era la piedra fundamental de la Iglesia. A pesar de esto, arrojándose en medio del peligro y exponiéndose á la ocasión de pecar, vacila al primer soplo de la tentación, y cae de la manera más espantosa en el abismo de la apostasia. ¿Y cual suerte será la vuestra, hombres del siglo, frágiles cañas, si os exponéis á los peligros de un contagio capaz de corromper á los mismos santos? ¿No os manifiesta el ejemplo de Pedro el modo con que Dios, para castigar vuestra temeridad, puede privaros de todas sus luces y quitaros toda vuestra fuerza? ¿No os muestra del modo más sensible la terrible prontitud y el irresistible poder con que la ocasión acomete al corazón, lo subyuga, lo abate, lo arrastra, y lo convierte en juguete miserable de todos los vicios? ¡Ah! hermanos míos; el ángel del Señor mandó en otro tiempo á Lot, no sólo que saliese apresuradamente de Sodoma para no ser consumido por las llamas que iban á devorar á aquella ciudad, sino también que se alejase de sus alrededores, que huyese muy lejos y se salvase en la montaña. Esto significa que no basta huir las relaciones, las sociedades y los lugares donde arde el fuego de la voluptuosidad, sino que es necesario darles un eterno adiós. En vano nos lisonjearnos de no caer, si volvemos á las ocasiones que nos habian vencido ya. ¡Ay! dice la Escritura Sagrada, parece siempre en el peligro el que, en vez de huir prudentemente de él, tiene la loca temeridad de buscarlo. Seria un milagro contra las reglas comunes de la asistencia divina, si protegiera una presunción como ésta. Por fuerte, por virtuoso que se ponga al hombre, no es cosa extraña verle caer, pero seria cosa extraña verle sostenerse sin pecar en la ocasión peligrosa que él mismo hubiera buscado.

Puede negarse á Jesucristo de diversas maneras. En efecto; cuántos cristianos vemos que imitan la temeridad de Pedro, que hacen inútil en ellos la fe de Jesucristo que han recibido de Dios mismo, y que en tanto que confiesan á Dios con la boca, valiéndose de las palabras de San Pablo, le niegan con sus acciones! En efecto, el primer acto de la fe cristiana consiste en cumplir las leyes de Jesucristo; todo el que viola estas santas leyes, menosprecia y desconoce por el mismo hecho al legislador. Esta es la razón porque Tertuliano no

teme mirar como una verdadera apostasia los desórdenes en que caen tantos cristianos con desprecio de las leyes divinas. Semejantes á Pedro, su temeridad en exponerse á la seducción, su ciega confianza en sí mismos, los conduce á negar exteriormente los ejemplos y la vida de Jesucristo, aun cuando en el fondo de sus corazones conserven un resto de fe en su doctrina. Pero ¡desgraciados de ellos! por que Jesucristo, como les amenaza en su Evangelio, les negará delante de su Padre, á fin de castigarlos por haberle negado delante de los hombres en su fe ó en sus preceptos.

Sin embargo, en este extremo á que tal vez hemos sido arrastrados por nuestra imprudencia y nuestra malicia ¿qué otro medio hay para levantarnos, que el que nos ofrece la misericordia de ese mismo Dios á quien hemos desconocido? ¡Ay! El hombre no tiene en sí la luz del espíritu para conocer la verdad, ni la fuerza del corazón para practicar la virtud. Abandonado á sí mismo, no puede hacer otra cosa que perecer. La fuerza la recibe de aquel que le dió la existencia; en Dios solo está su remedio, su apoyo y su auxilio. Esta triste verdad la experimentó Pedro en su persona, y nosotros podemos á ejemplo suyo experimentarla en nosotros mismos, supuesto que el Señor se dignó elevar al lado del más terrible ejemplo de la fragilidad humana un monumento magnifico de su misericordia.

La triple negación de San Pedro tuvo lugar, como observa San Agustín, en el tiempo mismo en que Jesucristo era victima de todos los insultos y de todas las ignominias de que hemos hablado ya. Es igualmente cierto que esta infidelidad del principe de los apóstoles causó á su Divino Maestro más humillación y dolor que todas las afrentas que recibiera entonces de sus enemigos. Mas si Pedro jura que no conoce á su Jesús, Jesús por su parte prueba que no ha olvidado á su Pedro tan amado, y á quien ama todavía. En tanto que se halla expuesto á mil ultrajes, mientras que los testigos falsos le calumnian, los jueces inicuos le condenan, y la infame é insolente soldadesca le desfigura y le deshonorra, abrumándole con golpes y con indignas bofetadas, Jesús, el tierno Jesús se vuelve, dice el Evangelista, mira á Pedro, que á este tiempo mismo acaba de negarle por tercera vez, y arroja sobre él una de esas miradas que jamás puede olvidar el corazón. *Conversus Dominus respexit Petrum.*

¿Qué significa, pues, esta mirada del Salvador? ¡Ah! dice San Agustín, esta no fué una mirada de reconversión, sino de compasión; Jesús miró á su discípulo, no con ojos terribles para confundirle, sino con ojos misericordiosos para convertirle.

¡Oh, misterio inefable de misericordia y de bondad! El Evangelio

encierra ciertos rasgos que mucho mejor los sienta el corazón, que los explica la lengua. Jamás la divina misericordia se ha pintado á sí misma con colores más vivos. Jamás Jesucristo ha expresado mejor la mansedumbre de su corazón. Jamás ha manifestado su bondad de una manera más tierna. Este Dios Salvador, tan cobardemente negado por su discípulo, lejos de tratarle con desprecio, echa todavía sobre él una mirada de tierno amor.

Esta mirada no es casual, estéril ni infructuosa; sino que á la gracia exterior añade una gracia interior, abundante y eficaz. Con esta mirada humilla Jesús á Pedro, mas al mismo tiempo le sostiene; él le hace avergonzarse de sí mismo, pero al mismo tiempo le penetra de compunción; le mira á la cara, pero al mismo tiempo le atraviesa secretamente el corazón; él introduce la turbación en todos sus afectos, pero también abre sus ojos á las lágrimas del dolor. En tanto que le hace conocer el horror de su pecado, le asegura su perdón; y si le invita al arrepentimiento, también le excita al amor. En una palabra, él le entristece y le consuela; él le hiere y le cura. ¡Oh, mirada de misericordia y de amor! Sin ella, jamás hubiera sentido Pedro la desgracia de su caída. Así, pues, en estas palabras: «El Señor se volvió... y miró á Pedro», está encerrada toda la historia de la infinita misericordia de Dios, y la de la miseria é ingratitud del hombre. En ellas se ve al hombre que cae por sí mismo, y que no se levanta sino con el auxilio de Dios. En ellas se descubre el exceso de la flaqueza humana y la necesidad de la gracia; ellas, finalmente, nos presentan en acción el misterio anunciado por el profeta, relativo á la fragilidad del hombre y á la necesidad de la gracia de Dios.

¡Ah! Nosotros tenemos indudablemente la libertad funesta de separarnos de Dios y huir lejos de él; pero no podemos volver á él si él mismo no nos llama, si él no da los primeros pasos, si no sale él mismo en busca nuestra! Nosotros podemos por nosotros mismos precipitarnos en el fondo del abismo, pero no podemos salir de él si Dios no nos tiende una mano compasiva: *Perditio tua, Israel; tantummodo in me auxilium tuum.*

Nosotros necesitamos, por consiguiente, que Jesucristo incline sus ojos hacia nosotros, pues que la mirada de Jesucristo, dice el venerable Beda, significa su gracia y su misericordia, sin las que ni aun podemos comenzar nuestra conversión y nuestra penitencia, y mucho menos consumarla.

Y para que no podamos dar por excusa de nuestra tardanza y de nuestra dilación, que no hemos alcanzado aún esa mirada de mise-

ricordia, á que están unidos la conversión y el perdón, el Santo Concilio de Trento tiene cuidado de advertirnos que esta mirada de misericordia no se niega jamás á quien la busca por medio de la oración, y que la gracia está siempre, por este medio, á disposición de todos.

Animo, pues; pidámos á Jesucristo que eche sobre nosotros una mirada de misericordia. Digámosle con San Agustín: Si apartáis de mi vuestro rostro adorable, perezo; mas un solo rayo de los que salen de vuestra faz me volverá á la vida. Abrid mis ojos á vuestra divina luz, porque yo no puedo elevar hacia vos una mirada de reconocimiento y de amor, si vos no inclináis antes sobre mí una mirada de misericordia y de piedad. Digámosle también con la Iglesia: Si, amable Jesús; dignaos volver los ojos hacia nosotros los que sucumbimos ó estamos próximos á sucumbir; haced que vuestra mirada nos levante y nos sostenga siempre firmes. ¡Ah! Si vos nos miráis, nos salvamos, porque podremos desde entonces lavar en las lágrimas de una verdadera contrición las culpas que hemos cometido, y recibir en ella la fuerza necesaria para no cometer otras nuevas, á fin de que, perseverando en la gracia del Señor, podamos alcanzar la eterna salvación. *Amén.*

## LA SENTENCIA DE MUERTE EN EL TRIBUNAL DE CAIFÁS

*In iudicium ego in hunc mundum veni, ut qui non vident videant, et qui vident caeci fiant.*

Yo he venido á este mundo para el juicio; á fin de que aquellos que no ven vean, y los que ven, queden ciegos.

(JOAN, XIX, 39.)

Este juicio, que el Salvador ha venido á ejercer en el mundo, hermanos míos, es un juicio de misericordia y de rigor, de bondad y